

Espiritualidad de la esperanza: la experiencia de Dios en «tiempos difíciles»

ANA MARÍA TEPEDINO*

RESUMEN

La situación de violencia y desesperanza que vive el mundo de hoy es innegable. Sin embargo, cada momento o situación está acompañada por la presencia de Dios, por su actuar amoroso: para poder vislumbrar esa presencia en el diario vivir, hay que disponer de oído para escuchar, despertar para ver, como lo hacían los profetas de Israel (Is. 51, 1.4.7). En esta situación, se reflexionará acerca de algunos textos que dan elementos para la consolación y el dolor. Una espiritualidad de la esperanza exige el ejercicio de una tarea profética que es ejercicio de pasión, compasión por el pueblo; se trata de practicar la justicia y vivir el amor solidario como lo hizo el grupo de Israel y posteriormente Jesús, nuestro hermano mayor.

Palabras clave: Dolor, esperanza, profecía, compasión, espiritualidad.

Abstract

The situation of violence and hopelessness that pervades today's world is undeniable. However, each moment or situation is marked by the presence of God, by his loving

* Docente de Teología en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, Brasil. Doctora en Teología, Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. Coordinadora de Posgrados en la misma universidad. Coordinadora de la Asociación EcuMénica de Teólogos del Tercer Mundo para América Latina. Correo electrónico: tepedino@rdc.puc-rio.br

*care. In order to perceive that presence in our daily life we must have ears to hear, awaken ourselves to see, as did the prophets of Israel (Is 51,1.4.7). In this situation, a reflection is carried out on some texts that might enlighten the moments of consolation and pain. A spirituality of hope asks of us the exercise of a profetic task, that is an exercise of passion and com-*passion* with the people. It is a practice of justice and solidarious love, as practiced by Israel and later on by Jesus, our brother.*

Key words: pain, hope, prophecy, compassion, spirituality.

*Cuanto más oscura es la noche, más esconde
en su interior un lindo amanecer*

D. Helder Camara

INTRODUCCIÓN

Existen momentos en la historia de la humanidad y de los pueblos en los que pareciera que los horizontes se cerraran, como si estuviésemos en un túnel sin salida. Algunos se asustan, no saben qué hacer. Otros vislumbran una luz al final del túnel. Otros quieren descubrir pequeñas luces en medio del túnel. ¡Son éstos los que viven con esperanza! Si un principio de esperanza, el misterio de la esperanza, el don de la esperanza no guía al ser humano, se convierte en un ser incapaz de enfrentar los límites de la existencia. Para vivir la esperanza hay que escuchar al Espíritu que “sopla donde quiere, no sabemos de dónde viene ni a dónde va” (Jn 3, 8). La espiritualidad, el vivir de acuerdo con la inspiración del Espíritu, es lo que sustenta nuestra esperanza. Para eso, tenemos que tener oídos amorosos, atentos, alertas a su voz. Y esta escucha de amor oye lo que dice el corazón, que nos recuerda hechos, acontecimientos, experiencias, imágenes, emociones, afectos.

La Biblia, la Palabra de Dios, nos da en cada página lecciones de esperanza: “Tu Palabra es antorcha de mis pasos y luz de mi camino.” (Sal 119(118) v.105,) “Mi alma desfallece esperando tu salvación; espero tu palabra.” (Sal 119(118) v.81) (cfr., entre otros, Sal 40; 62, 1; 69,3).

Muchas veces no nos damos cuenta, pero cada época, cada momento presente está siempre henchido de Dios, de su sueño, de su proyecto, de su actuar amoroso. Para ser capaces de verlo, tenemos que “disponer el oído para escuchar, despertar para ver”, como pedía la hermandad del profeta Isaías (cfr. Is 51,1.4.7).

Para reflexionar sobre la espiritualidad de la esperanza seguiré los siguientes pasos:

255

1. En esta introducción
 - Breve contextualización de la situación de América Latina hoy.
 - Breve contextualización del tiempo del (segundo) Deutero Isaías para buscar inspiración en la lectura del pasado.
2. La inspiración que el libro de la Consolación (Isaías 44-66) nos presenta
 - La esperanza que el texto nos da: Dios nos amó, nos ama y siempre nos amará.
 - Una nueva comprensión de la misión.
3. Coordenadas para una espiritualidad de la esperanza

BREVE CONTEXTUALIZACIÓN DE AMÉRICA LATINA HOY

Vivimos un tiempo de gran perplejidad. Hay mucho sufrimiento por todos lados. Parece que la vida humana ya no vale nada. El pueblo vive tantos problemas que parece que no tuviéramos las palabras adecuadas para describir su situación.

Los documentos de la Iglesia Católica en América Latina, Medellín (1,1; 2, 29), Puebla (No. 15ss; 1135) y Santo Domingo (No. 179) presentaban cada década la creciente miseria del pueblo latinoamericano. El poder financiero es cada vez más grande. No respeta fronteras ni estratos sociales. El neoliberalismo se impone y se presenta como un nuevo mesianismo, pero lo único que provoca son situaciones de pobreza extrema; el índice de desempleo aumenta cada día, promoviendo una fuerte exclusión social y cerrando las puertas al futuro de los jóvenes. La injusticia reina impunemente, la corrupción es una constante en todos nuestros países, la violencia se va adueñando de nuestra vida cotidiana amenazando la supervivencia, el terrorismo nos asusta resquebrajando la convivencia humana. Para resolver

el problema de la violencia, el Estado implanta políticas de seguridad pública, de represión policial, que se presentan como salvadoras pero sólo contribuyen a aumentar la espiral de violencia.

Las familias se desintegran, aumenta la atracción por una religiosidad espiritualista y alienante, incluso en nuestros países de formación católica. El consumo de bebida y droga es alarmante, la soledad se ha hecho más profunda, las personas ya no cuentan, son desechables. Parece que la vida, don de Dios, no tiene sentido ni valor, pues se mata con la mayor facilidad.

Sin embargo, parece que todavía existen personas lúcidas, muy parecidas a los profetas bíblicos, que siguen apostando al diálogo, al consenso, a la reconciliación, a la solidaridad, a la búsqueda de caminos de paz. En los últimos años han aparecido pequeñas luces en forma de movimientos de solidaridad, de gobiernos más democráticos en algunos de nuestros países. Los foros sociales abren nuevas perspectivas de otro mundo posible. Se ha despertado una sensibilidad más grande respecto de la naturaleza, una nueva conciencia ecológica, campañas que abordan el problema del agua, la deforestación, la explotación de la tierra, una ética del cuidado de la vida amenazada en los seres humanos o en la naturaleza.

Con relación a la situación de Colombia, no me parece muy diferente al resto de América Latina y el Caribe, y ustedes conocen mejor que yo sus especificidades.

CONTEXTUALIZACIÓN DEL (SEGUNDO) DEUTERO ISAÍAS

La situación de la época en que se redactó el texto del (segundo) Deutero Isaías también era de "tiempos difíciles". Parece que fue escrito durante la experiencia del exilio. Alrededor del año 587 a.C. Jerusalén cayó en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia y el pueblo de Dios fue llevado al exilio, a este país (la antigua ciudad de Ur de Caldea; así pues, el pueblo volvía al punto de partida, de donde Abrahán salió en 1800 a.C., siguiendo la llamada de Dios). El rey Sedecías fue capturado y obligado a presenciar el asesinato de su esposa y sus dos hijos. Después lo torturaron, le sacaron los ojos y lo condujeron al cautiverio, donde murió (cfr. 2 R 25,8-12; Jr 39,4-7; 52,5-11). En seguida Nabucodonosor ordenó la destrucción de Jerusalén, la ciudad

santa (cfr. 2 R 25,8-12; Jr 52,12-16). Así, todo lo que había sido señal de la presencia de Yahweh fue arrasado.

Incendiaron el Templo, el culto se había interrumpido, masacraron o encarcelaron a los sacerdotes, la monarquía había dejado de existir, la tierra pasó a ser propiedad del enemigo. El pueblo vivía disperso a lo largo del imperio babilónico (587 a 535) y después del imperio persa (535 a 332 a.C). Se sentía desesperado ante estos acontecimientos e intentando entender qué le había ocurrido, llegó a la conclusión de que Yahweh lo había abandonado (cfr. Is 40,27); 49,14-16^a; 54,7.10)

En medio del pueblo surgieron tres posturas diferentes para enfrentar la situación.

1. Una actitud de adhesión, en la que las personas se adaptaron al exilio y a la nueva situación. En realidad, ni siquiera querían volver.
2. Una actitud de restauración, cuyos representantes querían luchar, volver a la tierra, reconstruir el Templo y restaurarlo todo, tal y como era antes.
3. Una actitud de misión, que provocaba el deseo de aprender a leer con otros ojos la nueva situación. Este grupo, conocido como el de los discípulos/as del profeta Isaías y también llamado Deutero Isaías elaboró reflexiones conocidas bajo el nombre de "Libro de la Consolación" (Is 44-60), que me parecieron muy inspiradoras para trabajar una espiritualidad de la esperanza.

LA INSPIRACIÓN QUE EL LIBRO DE LA CONSOLACIÓN (Is 44-60) NOS PRESENTA

Ante el sufrimiento del exilio, el grupo de los seguidores de Isaías utilizó todos los medios de persuasión, unas veces dirigiéndose a la razón, otras al sentimiento, argumentando e intentando demostrar, para atraer y reconducir el corazón de Israel (endurecido por tanto dolor, desanimado y seducido por otras divinidades) al amor primero, al amor de Yahweh, el Dios de sus padres. Y quería descubrir cuál era la llamada de Dios a su pueblo. Estos profetas fueron los que más colaboraron en la reconstrucción de la convivencia comunitaria. Ellos/ellas insistieron en la presencia continua de Yahweh con el mismo amor de siempre ("¿Puede una mujer olvidarse del niño que cría o

dejar de querer al hijo de sus entrañas?” Is 49,15), suscitando así reacciones en las personas y en los grupos que querían mantenerse fieles.

El grupo de Isaías compartió los sufrimientos de sus contemporáneos, pero no dejó de creer, de buscar una salida. Releyeron la tradición del Éxodo y descubrieron en este texto una experiencia que pudo hacerles volver la esperanza. Yahweh, que había liberado al pueblo en el pasado (cfr. Ex3,7-10), podría promover un nuevo éxodo, porque es un Dios que promete y cumple. El pasado de Israel era testigo de la fuerza de Yahweh (cfr. Is 44,23) (Marques y Nakanose, 2004: 54). Los/las profetas sintieron el desafío de descubrir la presencia viva de Dios en la historia y en la vida del pueblo. Y después, verbalizarla y expresarla en nuevas formas, para reconstruir la convivencia humana (cfr. Is 40,9-11; 52,7-10; 57,14-18; 61,1). Ellos y ellas fueron reconstituyendo el tejido de la esperanza en medio de “tiempos difíciles”. Utilizaron la memoria, el sueño, los cuentos, las historias, para ir creando un nuevo imaginario que potenciara nuevas luces para consolar y animar al pueblo.

La esperanza que el texto nos da: Dios nos amó, nos ama y nos amará siempre

El texto sobre el que vamos a reflexionar comienza con una llamada a la consolación. “Consuelen, dice Yavé, tu Dios, consuelen a mi pueblo. Hablen a Jerusalén, hablen a su corazón, y díganle que su jornada ha terminado, que ha sido pagada su culpa.” (Is 40,1). “Yo, yo soy el que te consuela.” (Is 51,12). Ante el pueblo sufrido y cansado, la hermandad de Isaías apela para que Yahweh venga a consolarlo, ya que está viviendo una experiencia de sufrimiento, aparentemente sin fin. Afirma: “Yahweh da la fuerza al que está cansado y robustece al que está débil.” (Is 40,29; 41,10). Así pues, a los cansados se les promete una nueva esperanza, esperanza en un futuro que de antemano parece tener en cuenta que los oyentes continúan siendo escépticos, es difícil de creer y no quieren involucrarse (Schmidt, 1994: 248).

Cuando los horizontes se cierran, nuestra imagen de Dios y nuestra experiencia de vida se transforman. Igual que a través de la historia de la humanidad las personas han construido nuevas imágenes de Dios, ahora hacen lo mismo. Buscan una que le hable más directo al corazón que a la mente.

Como el único espacio donde el pueblo tenía algún tipo de libertad era el espacio familiar, es allí donde redescubrieron la presencia amorosa de Dios. A partir del micro mundo de la “casa”, aparentemente sin poder, todo renace y continúa renaciendo hasta hoy.¹

En Is 66,10-14 las imágenes utilizadas para hablar de Dios se vuelven íntimas y familiares. Dios se presenta como Madre del pueblo (cfr. 66, 9: “hace nacer al pueblo”, v.11: “para que así tomen la leche hasta quedar satisfechos de su seno acogedor y puedan saborear y gustar sus pechos famosos”, v.12-13: “serán acariciados y consolados”). También se presenta como Padre (cfr. Is 63,16: “Tú eres nuestro Padre, tú eres nuestro redentor”; 64,7: “Tú eres nuestro Padre. Nosotros somos la arcilla y tú eres el alfarero, todos nosotros somos obra de tus manos.” Otras veces aparece como esposo (cfr. Is 54,4-5; 62,5); y como Go’el, el defensor, el redentor de los parientes desvalidos.² En fin, a Dios se le encuentra en “casa”. Aunque se hable de casa, no se pretende hablar de intimismo, ya que la perspectiva comunitaria está siempre presente. Dios no es sólo mi padre, mi madre, sino que es padre-madre de ternura y amor infinito de todo el pueblo. Estas metáforas ayudan a tener una experiencia afectiva de Dios, a querer vivir una relación amorosa, íntima y cotidiana de Dios, que es fuente de alegría y crecimiento para todos (v.14) (cfr. Mesters, Orofino y Vaona, 2004: 18).

“Dios nos amó primero” (1 Jn 4,10.19) y nos llama a su amor. Sólo relacionándonos amorosamente con “aquél que sabemos nos ama”, como decía Santa Teresa, es posible descubrir la vocación a la que somos llamados/as. Una persona enamorada relaciona todo lo que ve y lo que oye con la persona amada. Así, la persona o comunidad que vive esta relación de amor tan cercana con Dios, es capaz de descubrirlo en todo lo que sucede, incluso

1. En el Antiguo Testamento la palabra “casa” significaba al mismo tiempo el lugar de residencia y la propia familia. Así, por ejemplo, la “casa de David” significaba la familia de David, con todos sus descendientes. Sin embargo, las familias no estaban constituidas sólo por el padre, la madre y los hijos. Existía toda una red de relaciones, no sólo de personas de la misma sangre, sino también hijos e hijas adoptados, los empleados/as, los parientes cercanos o lejanos. En un nivel más amplio las familias se organizaban en clanes, y en un nivel todavía más amplio, formaban las tribus (Cavalcanti, 2004: 54-68).
2. Como el pueblo en el exilio no tenía pariente que pudiera defenderlo, Yahveh se convierte en Go’el del pueblo. Isaías acentúa esto con mucha fuerza (Is 41,14; 43,14; 44,6.24; 47,4; 48,17; 49,7.26; 54,5.8; 60,16; 63,16). (Cfr. Gutiérrez, 1989).

en los momentos de sufrimiento y de aparente sin sentido. Esto fue lo que hicieron los continuadores de Isaías. Repensaron la historia de Israel, no para alimentar la nostalgia, sino para buscar en el pasado respuestas para el presente (cfr. Von Rad, 1974: 231).

En algunas culturas, especialmente las indígenas, las abuelas cumplían una función muy importante de “guardianas de la memoria” y transmitían a sus nietos y nietas la historia vivida por el pueblo. Esta narración de las historias vividas evoca en quienes las oyen las ganas de vivir algo parecido.³

Por esta razón los profetas comenzaron a recordar las historias del pueblo desde sus orígenes, con la finalidad de descubrir soluciones con ayuda de las tradiciones.

En la historia de Israel, Yaweh se manifiesta a Abrahán y a Sara, que escuchan su voz y aceptan su propuesta convirtiéndose en los padres de la fe. En la época del exilio, la hermandad de Isaías relejó esta historia (cf. Is 51,1-5), y reflexionó sobre la fidelidad a la vocación recibida de Dios, descubriendo en ella un nuevo sentido que los ayudaría a descubrir la propia identidad en este nuevo momento que estaban viviendo. ¡Las historias del pasado pueden convertirse en luces de esperanza! A través de su memoria el pueblo en el exilio vivió la experiencia de que Yaweh no se quedó en el pasado, sino que era su presente, su compañía en el caminar. Su compañía continúa y en cada tiempo el proyecto de Dios se va realizando en las personas que no se desaniman ante las circunstancias y se mantienen firmes en la lucha por la justicia y en la vivencia del amor solidario, como lo hizo el grupo de Isaías. Este es el sueño de Dios: que las personas vivan como hermanos y hermanas, construyendo lazos de comunión.

Nuestros hermanos y hermanas indígenas, cuando conversan se cuentan sus sueños. En el sueño, la persona proyecta el deseo de aquello que le hace falta. En este sentido, el texto de Is 65,13-14 nos revela la situación inversa a la que están viviendo. En el versículo 17 viene la descripción de los “nuevos cielos y la nueva tierra” que ellos esperaban. El fundamento de su

3. Los semióticos atribuyen a la narratividad la facultad de convocar, evocar y provocar, ya que el texto narrado envuelve al lector/a y lo lleva a tomar una posición. (Cfr. Weindrich, 1973: 210-221; Metz, 1973: 222-237; Bravo, 1985: 73-83; Mora Lomeli, 1985: 64-73).

esperanza era que podían contar con la acción creadora de Dios⁴ (cfr. Is 51,12-13). Ante el poder y el esplendor de las divinidades babilónicas (cfr. Is 46,1) el mensaje es el siguiente: Dios es más fuerte que el poder opresor que aplasta al pueblo (cfr. Is 40,12-18); él libera, salva y conduce al pueblo con el poder creador de su Palabra (cfr. Is 40,8).

En la misma época, al reflexionar sobre su experiencia pasada, se elaboró el texto del Génesis sobre la creación (Gn 1,1-2,4), que quería mostrar cómo el mundo creado debía verse a la luz de la fe, para fortalecerla, así como la esperanza y el amor del pueblo explotado que ya no creía, estaba desanimado, con el corazón en el pasado (Von Rad, 1974: 232).

¿Cómo transformar esta nostalgia en esperanza? Es la pregunta que los/las profetas se hacen.

Los continuadores de Isaías habían nacido en Babilonia, pero conocían las historias que sus abuelas les contaban, de la vida antes del destierro. Después del edicto de Ciro (538 a.C.), algunos volvieron a su tierra, aunque la mayoría acomodada sólo volvió después de la destrucción de Babilonia, casi doscientos años después. Los que volvieron a Judá encontraron todo diferente a como lo habían imaginado: Jerusalén estaba destruida, sus murallas desmanteladas. No tenían poder político, y estaban sin independencia, sin ejército, sin rey. Había que reconstruirlo todo (Mesters, Orofino y Vaona, 2004: 36).

Acordándose de las historias, pensaron que si en el pasado las cosas fueron buenas, también hoy podían mejorar. Si Yahweh estaba presente en el pasado, también hoy camina con nosotros. Lo confrontaron a otros dioses, que parecían muy poderosos, pero no eran más que ídolos impotentes, contra los que combatieron (Von Rad, 1974: 238). Buscaron signos de Dios en esta nueva realidad, que era el retorno del exilio, y quisieron abrir un tiempo nuevo, vivir una nueva etapa: “No descansaré hasta que la justicia no surja como una aurora y su salvación no brille como una lámpara.” (Is 61,1)

Esta imagen de la lámpara, que aparece varias veces, apunta a la nueva misión que descubrieron. El pueblo estaba llamado a ser “luz de las naciones”

4. La palabra *bara* (crear) aparece más de veinte veces en Is 44-60 y parece que desea apuntar hacia el poder de Yahveh delante del poder de los dioses extranjeros. El libro del Génesis fue escrito en esta misma época y quiere transmitir el mismo mensaje (cfr. Mesters, Orofino, Vaona, 2004: 31).

para todos los pueblos (cfr. Is 42,1.4.6; 49,6). El cautiverio, que para unos parecía un golpe mortal para el pueblo, se volvió para otros una llamada de Dios y anuncio de esperanza y de vida (cfr. Is 54,7-8). Descubrieron la luz dentro del túnel y preguntaban: “¿No están viendo?” (Is 43,19). “Los ciegos ven, los sordos oyen.” (Is 42,18). A partir de esta nueva comprensión comenzaron a hacer una lectura diferente de los valores de la vida: “Las cosas antiguas ya se han cumplido, por eso anuncio cosas nuevas” (Is 42,9), un nuevo corazón y un nuevo espíritu (cfr. Is 32,15) que harán posible una apertura para los otros pueblos, un sentido distinto de convivencia humana, una comprensión nueva de su misión, de ser “siervo de Dios”. “Vean para mí y sálvense, hombres de todos los confines de la tierra.” (Is 49,7)

¡Yahweh nunca había hablado así por la boca de un profeta! Tampoco se había aproximado jamás a su pueblo con tanta emoción. El pueblo se equilibró de nuevo en la vida, donde reapareció el rostro de Dios. Sin embargo, las prácticas religiosas de la época continuaban siendo las de antes del exilio. En realidad, este culto no agradaba a Dios, porque él deseaba que respondieran a las necesidades del prójimo, para vivir el derecho y la justicia. Este era el verdadero ayuno, la verdadera piedad, la fidelidad sincera (cfr. Is 58,6-10). Viviendo de esta forma, la ciudad de Jerusalén sería restaurada y brillaría ante las naciones. Esta Buena Noticia despertó (cfr. Is 51,9.17; 52,1) y animó al pueblo, que se levantó (cfr. Is 60,1), comenzó a cantar (cfr. Is 42,10; 49,13; 54,1; 61,10) y a resistir (cfr. Is 48,20) (cfr. Von Rad, 1974: 46).

Una nueva comprensión de la misión

La misión no siempre es clara. Muchas veces parece que estamos perdiendo el tiempo (cfr. Is 49,4). Para poder ser fiel, el discípulo/a debe encontrar un tiempo para escuchar la palabra que Dios le quiere decir, ponerla en práctica, para poder trasmitirla a los más desanimados (cfr. Is 50,4-5). A pesar de eso, su suerte no será diferente a la de los otros profetas. Será perseguido, insultado, torturado y asesinado (cfr. Is 50,6; 53,3-8).

En el libro del Deutero Isaías la misión se presenta a través de cuatro cantos: Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12. Son los cantos del siervo de Yahweh.

¿Quién es el siervo de Yahweh? Aunque se ha discutido mucho, la mayoría de los exegetas están de acuerdo en que se trata del pueblo exilado

(cfr. Von Rad, 1974: 250-252, donde se discute esta perspectiva). Los capítulos 40-66 son como un marco para estos cánticos. El primer canto explica cómo Dios escoge al pueblo oprimido para que sea su siervo (cfr. Is 42,1-9). El segundo demuestra lo difícil que le resulta a este pueblo sin fe en sí mismo descubrir su misión (cfr. Is 49,1-6). El tercero relata cómo el pueblo asume su misión y la lleva a cabo a pesar de la persecución (cfr. Is 50,4-9). El siervo se presenta en el cuarto canto. Se trata de un retrato del siervo como el pueblo maltratado, silenciado, sin gracia ni belleza, lleno de sufrimiento, despreciado y rechazado, evitado por todos como si fuera un leproso, condenado como un criminal (cfr. Is 53,2-8). “Eran nuestras dolencias las que él llevaba, eran nuestros dolores los que le pesaban y nosotros lo creíamos azotado por Dios, castigado y humillado.” (Is 53,4). Este canto trata de una profecía sobre el futuro Siervo: él será asesinado, pero su muerte será fuente de salvación para todos (cfr. Is 52,13 a 53,12) (cfr. Mesters, Orofino y Vaona, 2004: 58-61).

Estos cantos quieren demostrar que la misión del Siervo es la solidaridad, porque al asumir los dolores y hasta la muerte el Siervo se vuelve mediador de salvación, asume el sufrimiento y la muerte, no sólo del pueblo exilado, sino de todas las víctimas de la historia (cfr. Sobrino, 1989).

COORDENADAS PARA UNA ESPIRITUALIDAD DE LA ESPERANZA

Estos textos parecen escritos para nosotros hoy.

1. Nos demostraron que donde está el Espíritu hay esperanza, liberación, la posibilidad de continuar “esperando en el Señor”. La creación entera espera ansiosa la revelación de los hijos e hijas de Dios, aquellos/as que incluso en circunstancias difíciles descubren en la tradición de nuestra historia, luces que los animan a vivir como “nuevas criaturas” en medio de las “noches oscuras”, colaborando para que llegue un lindo amanecer. El amor vence a la muerte y es capaz de superar la espiral de violencia en que vivimos. Como los/as discípulos/as de Isaías retomemos las energías que nos llegan de las tradiciones del pasado de nuestra historia y sigamos adelante, pues nuestra religión es la religión de la Promesa, que ya se cumplió, pero que todavía está por cumplirse (cfr. Is 65,17-25).

2. La espiritualidad de la esperanza da un nuevo nombre a Dios utilizando nuevas imágenes, y parece que Madre es una buena metáfora, especialmente si se trabaja junto a la imagen de Padre, ya que Dios es relación. La imagen del amigo, que retoma la figura del Go'el, también parece muy adecuada para nuestros tiempos. La amistad es un amor gratuito en que se establece un proyecto común. La imagen del esposo, del amante, tan querida por los místicos, también tiene mucha resonancia (cfr. McFague, 1992). Todas señalan hacia la "casa", la familia que necesita ser reconstruida. Si no cuidamos de modo muy especial las relaciones familiares no conseguiremos hacer frente a la ola de violencia en la que está inmersa nuestra sociedad. Necesitamos nuevas relaciones interhumanas para construir un nuevo orden mundial. Este es el mundo que las mujeres soñamos (cfr. Tamez, 1999a).

3. La familia nos lleva al día a día, a lo cotidiano, donde se gesta la sociedad. Tenemos que valorarlo más. Una espiritualidad de la esperanza nos descubre que las pequeñas cosas de la vida –comer, beber, amar– muchas veces son las únicas posibles en tiempos difíciles, y nos fortalecen para otro tipo de protagonismo en tiempos mejores (cfr. Tamez, 1999). Por consiguiente, estas relaciones familiares, a partir de estas nuevas experiencias de Dios vividas en lo cotidiano, hacen surgir una nueva forma situarnos en la sociedad, intentando vivir la solidaridad entre nosotros.

4. La esperanza da valor a los pequeños momentos de alegría (*laetitia*), pero en especial la alegría profunda (*gaudium*) como signo del don de la vida, como signo de que en el aparente sinsentido, porque tenemos fe, tenemos un polo centralizador que da sentido y nos permite descubrir luces en medio del túnel y fuerzas para anticipar un lindo amanecer.

5. Una espiritualidad de la esperanza exige el ejercicio de la tarea profética que es ejercicio de pasión y con-pasión por el pueblo, practicar la justicia y vivir el amor solidario, como lo hizo el grupo de Isaías y posteriormente Jesús, nuestro hermano mayor. Forma parte de la misión profética ayudar al pueblo a descubrir la relación del momento presente con el pasado, es decir, con sus causas. El presente no es algo "natural", ni tiene que ser necesariamente así, como es. En realidad, es el resultado de decisiones y acciones humanas anteriores. Además, es indicar el horizonte, es decir, hacer ver las energías históricas que el presente proyecta en dirección al futuro, hacer ver el rumbo que estamos siguiendo. Es papel de la profecía llamar a la acción, interpelar al pueblo y asumir la tarea de partera, o sea, desentrañar

las posibilidades de las que el presente está henchido. El texto que hemos reflexionado del (segundo) Deutero Isaías demuestra cómo la posibilidad de la acción histórica puede superarse y crear “nuevos posibles”.

6. La espiritualidad de la esperanza hace más profunda nuestra convicción de que la historia es el *locus* de la realización del sueño de Dios, el espacio de la realización amorosa de Dios y de la humanidad.

7. Caminar con esperanza nos anima a continuar caminando. Es el poder del Espíritu Santo el que nos transforma en personas y comunidades valientes, que enfrentan a la sociedad, a los poderosos, al misterio del mal y a la iniquidad. Las personas no son insignificantes, sin valor, desechables, como quiere la sociedad que las margina e invisibiliza. Por el contrario, son hijos e hijas muy amados de Dios. Él nos amó primero. Él es amar concreto, especialmente a los/as más sufridos, desvalorizados, despreciados, solos, abandonados. Sin eso no hay esperanza sólida frente a tanto sufrimiento. Las personas necesitan sentirse amadas por Dios a través de nosotros. Esto las afirma en su humanidad, levanta su autoestima, les da ánimo para enfrentar los peores dolores. La imagen de Dios como Madre-Padre favorece este acompañamiento constante en la vida diaria. Sentirse verdaderamente amados/as por Dios es la clave para acoger el desafío de vivir hoy, con todos los problemas que tenemos, seguros de que estamos construyendo un futuro mejor.

BIBLIOGRAFÍA

- CAVALCANTI, T.P., *“A sabedoria que vem da simplicidade: espiritualidade do cotidiano- Livros Sapienciais”*, en WAA, *Cebs: Espiritualidade libertadora*, Lutador, Belo Horizonte, 2004.
- GUTIÉRREZ, G., *Beber no próprio poço*, Lima, 1989.
- MARQUES, M.A., NAKANOSE, S., *Sonhar de nuevo, Segundo e terceiro Isaías, (40-66)*, Paulus, São Paulo, 2004.
- McFAGUE, S., *Modelos de Dios. Una teología para una era nuclear*, Paulinas, Sión Paulo, 1992.
- MESTERS, C., OROFINO, F., VAONA, D., *Revelar a ternura de Dios*, CEBI, 2004.
- SCHMIDT, W.H., *Introdução ao Antigo Testamento*, Sinodal, IEPG, São Leopoldo, 1994.

- SOBRINO, J., *Liberación con Espíritu*, Sal Terrae, Santander, 1989.
- TAMEZ, E., (ed), *El mundo que las mujeres soñamos*, DEI, Costa Rica, 1999a.
- TAMEZ, E., *Cuando los horizontes se cierran*, DEI, Costa Rica, 1999.
- VON RAD, G., *Teologia do Antigo Testamento*, ASTE, São Paulo, 1974.
- WEINDRICH, H., "Teología narrativa", en *Conciliun 85*, 1973; METZ, J.B., "Breve antología da narratividade", en *Conciliun 85*, 1973; BRAVO, C., "Narración. El Espíritu toma la Palabra", en *Christus 12*, 1985; MORA LOMELI, R.H., "Cuando las abuelas contaban cuentos", en *Christus 12*.